

# EL CORRIDO DE DANTE DE EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA Y LA IRRUPCIÓN DE LO MÍTICO EN LA NOVELA DE LA INMIGRACIÓN.



## DANTE'S BALLAD OF EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA AND THE BREAKTHROUGH OF THE MYTHICAL IN THE INMIGRATION'S NOVEL.

Autor: Javier Manzano Franco

Categoría académica: Estudiante en la Facultad de Filología. Universidad de Sevilla

Institución: Facultad de Filología. Universidad de Sevilla

Dirección de correo electrónico: javier.gato87@gmail.com



### RESUMEN

*El corrido de Dante* (2006) de Eduardo González Viaña, Premio Latino Internacional 2007, constituye un interesante ejemplo de la llamada "literatura de la inmigración" en Estados Unidos, en tanto que el autor aplica las técnicas del realismo mágico, propias de la descripción exotista de Hispanoamérica, a la realidad estadounidense, en una muestra de mestizaje intercultural.

### ABSTRACT

Eduardo González Viaña's *El corrido de Dante* (2006), winner of the International Latin Prize 2007, is an interesting example of the so-called "immigration literature", since the author applies magic realism techniques -characteristic of the exotic depiction of Spanish America- to USA's reality, as a sample of intercultural mixture.

**Palabras clave:** El corrido de Dante; Eduardo González Viaña; literatura de la inmigración; realismo mágico.

**Keywords:** Dante's Ballad; Eduardo González Viaña; immigration literature; magical realism.

Fecha de recepción: Abril 2009

Fecha de aceptación: Mayo 2009

BIBLID [2254-2108 (2009), 2; 41-46]

En *El corrido de Dante* (primera edición de 2006, Premio Latino Internacional 2007), Eduardo González Viaña (Chepén, Perú, 1941) traza las líneas maestras de una modalidad literaria muy en boga desde el último cuarto del siglo pasado y que, pese al desafío que constituye para los creadores de los cánones literarios hispánico y anglófono, merece cada vez mayor atención por parte de la crítica literaria y de la antropología cultural: la llamada *literatura de la inmigración*, escrita por hispanoamericanos residentes en Estados Unidos. Estos, cuando son de origen mejicano, suelen aportar un nuevo marbete a la hora de clasificar sus obras: el de *literatura chicana*. Dicha clasificación ha gozado desde su acuñación de un éxito extraordinario, debido fundamentalmente a que no se apoya tan solo en criterios biografistas, autoriales, sino ante todo temáticos; efectivamente, las tramas desarrolladas en estas obras literarias – concretamente por las novelas– inciden en las precarias condiciones de vida a que se ven sometidos los emigrantes hispanoamericanos en los Estados Unidos, a la vez que pretenden dar cuenta de la riqueza folclórica y espiritual de estas comunidades, pero también del fenómeno que el antropólogo Fernando Ortiz llamó *transculturación* en su influyente ensayo *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940) y que Ángel Rama aplicó al análisis

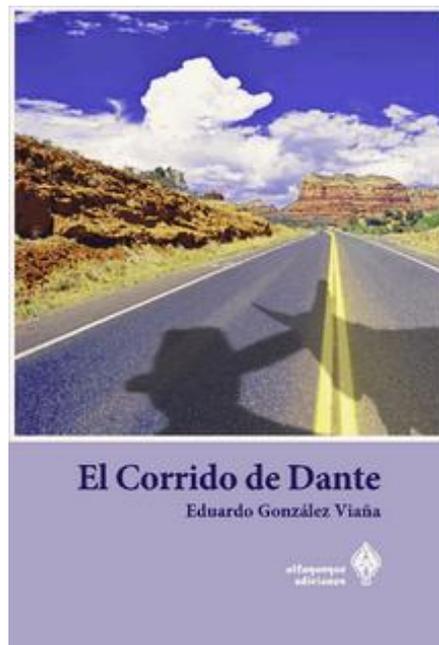


literario en su monografía *Transculturación narrativa en América latina* (1982).

Eduardo González Viaña entró a trabajar, a partir de los años 90, como profesor catedrático en las Universidades de Berkeley y de Western Oregon, después de haber cursado estudios literarios y etnológicos en la École des Hautes Études de París y de haber trabajado como corresponsal de guerra en diversos puntos de África y en Irán durante la Revolución teocrática de Jomeini. Su nueva situación de profesor residente en Estados Unidos le permitió conocer muy de cerca los sinsabores de una amplísima comunidad de trabajadores hispanoamericanos que, como consumidores, contribuyen a la riqueza del mercado de un país que, en cambio, los somete a condiciones de explotación, persecución y discriminación. De esta experiencia tan próxima y de su actitud solidaria frente a ella surge su tarea de defensa de las minorías hispanas residentes en Estados Unidos y, sobre todo, sus libros *Las sombras y las mujeres* (1996) y *Los sueños de América* (2000) y los textos periodísticos recogidos en *Correo de Salem* (1998).

El protagonista de *El corrido de Dante* es, como indica el título de la novela, el mejicano Dante Celestino, emigrado a Estados Unidos junto con su esposa Beatriz, con la que se rencuentra tras diez largos años de increíbles percances que nos recuerdan a la novela bizantina de viajes y aventuras, aunque en este caso se encuentren salpicadas —sin que falte el tema del narcotráfico— por la corruptela de los *coyotes* que ayudan a los emigrantes a cruzar Río Grande, por un lado; y por el odio racial de los *patriots* y la explotación de los patronos estadounidenses, por otro. En una suerte de ironía trágica, una vez que logran instalarse en el pequeño pueblo de Mount Angel (Oregón) y tener a Emma, Beatriz muere y hace prometer a Dante que le preparará a su hija una fastuosa fiesta de quinceañera; el motivo de la promesa en el lecho de muerte como desencadenadora del conflicto narrativo aparece igualmente en *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo y remitiría, en última instancia, al magisterio de William

Faulkner y su novela *As I lay dying* (1930). La novela se inicia justo con la celebración de la fiesta, en la que se llega a incluir incluso un espectáculo de fuegos artificiales pese a estar prohibidos por la legislación estadounidense salvo con motivo de la celebración del Día de la Independencia, lo que supone un acto de reivindicación de la cultura y del ocio autóctonos.



Antes de que concluya la reunión, aparece una banda de moteros capitaneada por un joven que parece haber acordado su aparición con Emma, la cual se escapa con él y no deja a su padre más que una nota (llena de anglicismos) en la que le reprocha su excesivo afán protector y le expresa sus deseos de vivir una vida independiente junto al hombre que ama, Johnny Cabada, y de convertirse en una estrella de la canción como “Selena” (evidente alusión a Selena Gómez, actriz de Disney Channel de orígenes mejicanos e ídolo de adolescentes). Dante, que debido a su cultura de origen no comprende las exaltadas demandas de libertad de una chica tan joven ni que éstas se hallen amparadas por la ley estadounidense, decide lanzarse con su furgoneta a la carretera en su búsqueda. En el trayecto llevará consigo a un burrito, de nombre Virgilio, que poco antes de la celebración de la quinceañera había aparecido

de la nada y al que, dado el trabajo que desempeña Dante como veterinario de animales en una granja, había curado de una astilla clavada en la pata.

Los nombres de Dante, Beatriz y Virgilio nos dan las claves del tragicómico juego intertextual que se establece entre esta novela y la *Divina Commedia* de Dante Alighieri, puesto que nuestro protagonista masculino busca incansablemente a su hija (y anteriormente, a su esposa) por los nueve círculos infernales que constituyen la hipócrita vida norteamericana, en la que la libertad y las supuestas políticas de interculturalidad conviven con el racismo, la explotación y la indiferencia ante los crímenes de quienes trafican con las drogas y con los sueños y las vidas de los emigrantes. Igualmente, tanto la presencia del burro como la sucesión vertiginosa de acontecimientos entre amargos y disparatados nos remiten inmediatamente a las *Metamorfosis* de Apuleyo, más conocidas al menos desde tiempos de San Agustín como *El asno de oro*. Las mágicas hazañas que se atribuyen al asno, así como su portentosa inteligencia de que dan cuenta Dante Celestino y la propia voz narradora, nos hacen sospechar en ocasiones que el animal pueda estar encantado, o incluso que sea un hombre encantado. La intención satírica con que fueron escritos ambos textos canónicos que sirven de base a este palimpsesto sale a la superficie y potencia indudablemente la denuncia de las injusticias y de la incomunicación intercultural que hace el narrador.

Inútil resultará al lector juzgar esta novela desde los parámetros de la verosimilitud, no obstante. Y es que, aunque *El corrido de Dante* es una denuncia de las extorsiones y discriminaciones de que son víctimas los emigrantes a un lado y a otro de Río Grande, las técnicas narrativas empleadas no pretenden esbozar un panorama que podamos llamar “realista” sino más bien simbólico, en estrecha conexión con el estilo del realismo mágico al cual hace González Viaña un homenaje en esta novela. Lo más

interesante del viaje que llevan a cabo Dante Celestino y Virgilio son, sin duda, las evocaciones analépticas del protagonista, que nos trasladan a un pasado no tan lejano y que se sigue repitiendo en la vida de miles de emigrantes: se trata, por tanto, no ya de un viaje geográfico, por el espacio, sino también de un viaje psicológico y por el tiempo, gracias al recuerdo. Los monólogos con el impasible Virgilio, el sueño y los recuerdos permiten a Dante atravesar de nuevo los pasos por donde anduvo desde que un día decidió abandonar su Sahuayo natal en busca de oportunidades laborales en el país vecino. El narrador, en una postura omnisciente, adopta el estilo indirecto libre para mostrarnos las penurias por las que el protagonista pasó para cruzar la frontera con Estados Unidos ayudado por las mafias de coyotes y bajo la amenaza de los *patriots*, granjeros estadounidenses que acribillan impunemente a los emigrantes en un caso de limpieza étnica en toda regla. Tras atravesar el desierto a pie, Dante tuvo que vivir una temporada en diferentes pisos donde los coyotes mantienen ocultos a sus clientes en condiciones de hacinamiento e insalubridad espantosas; a través del testimonio de Dante podemos conocer la realidad de miles de hispanoamericanos en la actualidad, haciéndose cierta la aseveración de Borges en su relato *La forma de la espada* (1944) de que “cualquier hombre es todos los hombres”. Una vez que la temible *Migra* o patrulla policial de inmigración estadounidense les pierde la pista, los emigrantes se ven condenados a pasar por innumerables trabajos (en sentido literal y en sentido literario, conectando de nuevo con los “trabajos” que pasan los personajes de la novela bizantina), pagados escasamente y con dinero negro, en los que no se ofrece ninguna garantía sanitaria ni apenas una alimentación adecuada, llegando a rozar la condición de la esclavitud que hace un siglo sufría la población negra del país.

Como ya he adelantado anteriormente, los *trabajos* de Dante son una de las dos caras de la moneda que nos lanza



González Viaña para concienciarnos acerca de la situación de la comunidad hispana en Estados Unidos, siendo la otra la historia de Beatriz, a la que el protagonista deja en Sahuayo con la promesa de recibirla en su nuevo hogar una vez que lo haya construido. El tercero en discordia en esta *fabula amoris* es don Gregorio Bernardino Palermo, un rico narcotraficante encaprichado de la joven, que se ve forzada a casarse con él para conseguirle a su madre una atención médica de calidad y a causa de diversas argucias que trama el mafioso para convencerla de que Dante ha rehecho su vida al otro lado de la frontera. Los fastuosos escenarios por los que se mueven don Gregorio y Beatriz durante su matrimonio (incluyendo una visita a la propia Comala de Rulfo) vibran con toda la fuerza de lo real maravilloso americano aunque no dejen de contribuir a reforzar la atmósfera de enclaustramiento a que se ve sometida la joven. Los intentos de Dante de ir a su encuentro, abortados por culpa de Palermo y de sus hombres, y los de Beatriz por escapar del narcotraficante y cruzar la frontera constituyen una odisea que evoca, como anteriormente señalé, el universo de calamidades, anagnórisis fallidas y peligros propios de la novela bizantina, en la que, desde Heoliodoro, dos amantes se ven condenados a una separación violenta y a buscarse mutuamente por una geografía salpicada de incidentes. Por otra parte, el viaje solitario de Beatriz refleja, pese a las fantasiosas irrupciones del realismo mágico, las condiciones mucho peores en que se desarrolla la emigración femenina a Estados Unidos, en tanto que las mujeres son víctimas frecuentes no sólo ya de la extorsión económica, sino también de la extorsión sexual.

Las aventuras de Beatriz y Dante concluyen, en un clímax de ironía trágica propia del Romanticismo, con la muerte de aquella cuando parecía que la pareja y su hija eran ya plenamente felices en Mount Angel. La situación ilegal de Beatriz complica infinitamente la acción del relato que Dante rememora, pues éste se ve obligado a camuflar

el cadáver de su mujer en una furgoneta para poder transportarla a Méjico para su entierro. Los agentes de policía que acaban registrando la furgoneta encuentran en ella una profusión de flores y a una imagen inerte idéntica a la Virgen de Guadalupe, pues así ha sido disfrazada por los amigos de Dante. Es en este momento, por nombrar uno de los innumerables que contiene la novela, en que se obra el milagro: los hombres de Hispanoamérica, que al cruzar la frontera no se han despojado de la totalidad de su sensibilidad y su "magia", contagian de belleza y de conciencia mítica, aquí y en otros puntos de la historia, a la aséptica y descreída realidad estadounidense circundante. Igual que Beatrice, la amada del Dante canónico, Beatriz no es ya un cadáver, sino que se ha transmutado en una *donna angelicata*, en un arquetipo del eterno femenino que en la cultura mejicana, como ya señaló Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950), representa por encima de otras figuras la Virgen de Guadalupe. El narrador omnisciente nos cuenta posteriormente que el espíritu de Beatriz, las más de las noches, se levanta de su tumba y disfruta de las ofrendas de tequila que le hacen sus familiares, y establece un contraste entre la muerte en provincias, trufada de ancestrales ceremonias y de un profundo respeto religioso; y la muerte en las grandes ciudades de Estados Unidos, en las cuales se halla totalmente oculta y desterrada de la cotidianeidad y es por eso que los muertos sufren de soledad. Evidentemente, el presente pasaje no puede entenderse sin su vinculación intertextual con la Comala de Juan Rulfo e incluso con poemas de Jaime Sabines como *¡Qué costumbre tan salvaje...!* y *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines* (1973), en los que juegan un papel decisivo las creencias mejicanas de ultratumba, de raíces prehispánicas.

Del mismo modo que Cervantes intercala narraciones secundarias en su inmortal *Quijote*, González Viaña sazona su ficción bizantinizante con los testimonios de hombres y mujeres hispanos que le salen al



camino y le dan cuenta de sus esfuerzos por sobrevivir dignamente (o en ocasiones, criminalmente) en esta tierra extraña. Desde el relato de Moisés Facundo, nuevo patriarca mejicano cuyo segundo nombre remite a ciertos rasgos megalómanos y que ha cruzado con sus hombres el desierto durante cuarenta años en busca de la Tierra Prometida, hasta la simpática pareja del abuelo y del nieto que traman un espectacular robo en Las Vegas en una parodia de la película *Ocean Eleven*, las historias intercaladas son piezas del complejo rompecabezas que constituye la vida de la comunidad latina (y en particular la chicana) en Estados Unidos. Hay que tener en cuenta que, pese a las protestas de los sectores más conservadores del país, los Estados de Tejas, Nuevo Méjico, Arizona, Colorado, California y aun ciertas zonas de Utah y de Nevada formaron parte del antiguo Virreinato de Nueva España y más tarde, tras la Independencia, de Méjico; sólo a partir de 1848, con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, estas tierras pasaron a formar parte de los Estados Unidos, por lo que la migración que se lleva dando desde el último cuarto del pasado siglo posee un componente de reivindicación y aun de reconquista. La frontera entre ambos países está constituida por un río con dos nombres: para los estadounidenses, Río Bravo; para los mejicanos, Río Grande. González Viaña ha sabido recoger perfectamente en *El corrido de Dante* el hecho de que el emigrante que llega a la frontera se despoja allí de parte de su identidad y adquiere nuevos rasgos identitarios pero sin renunciar a muchos de los suyos originarios, por lo que el término *transculturación* viene siendo, desde el citado ensayo de Ángel Rama, mucho más esclarecedor a la hora de definir el fenómeno. El cruce de Río Grande tiene una serie de connotaciones simbólicas a la luz de la mitocrítica y de la antropología simbólica: el río, que desde Jorge Manrique y aun desde Heráclito, constituye un símbolo de la vida y una delimitación entre este mundo y otro, es elemento primordial de un rito de paso que

glorifica al héroe del mismo modo que su descenso a los infiernos, pero también de una purificación o bautismo en una cultura nueva. Las potencialidades literarias de este hecho han sido recogidas por autores mejicanos desde que en 1949 Juan Rulfo escribiera su cuento *Paso al Norte* (recogido posteriormente en *El llano en llamas*, 1953), en el cual se narra cómo un joven de familia numerosa y sin futuro decide cruzar Río Grande y los braceros que le acompañan son asesinados a tiros por granjeros estadounidenses. Posteriormente, Luis Spota retomó el tema en su novela *Murieron a mitad del río* (1972), así como Miguel Álvarez en *La frontera plural* (1979); a finales del siglo, Carlos Fuentes recurriría a la acumulación de historias breves en torno al cruce de Río Grande en *La frontera de cristal* (1995), texto que puede leerse como una novela en sí misma.

Otro elemento presente en la historia de Dante Celestino es la obsesión del emigrante por alcanzar la tierra más al norte de los Estados Unidos. Al instalarse en Oregón, el protagonista manifiesta la necesidad psicológica de buscar una mayor seguridad en el lugar más alejado posible de la frontera. *Norte* (2008) es el título de una posterior novela de Edmundo Paz Soldán, en la que plasma perfectamente las precarias condiciones de vida del emigrante hispano. La división geográfica entre Norte y Sur igualmente encierra simbólicamente una segunda división entre vivos y muertos, y en nuestra novela será nuevamente el río quien impedirá a Dante poder acompañar el cadáver de Beatriz hasta su tumba en Sahuayo; la misma división tajante puede observarse en *Missing, una investigación* (2009) de Alberto Fuguet, novela miscelánea en la que no se vuelve a saber más de aquellos que han pasado al otro del mundo del Norte, ni siquiera si siguen vivos, por su situación ilegal y las subsiguientes persecuciones que padecen.

El último asunto, y en absoluto el menos importante de la novela, se vincula nuevamente a la ficción quijotesca. Si el hidalgo manchego se lanza a los caminos en busca de una Dulcinea de perfiles conflictivos (en tanto



que es, y a la vez no es, una princesa de belleza superlativa y también una soez labradora de nombre Aldonza), Dante Celestino se pasa toda la novela buscando a la ensoñada niña fruto de su amor con Beatriz... niña que, a la hora de la verdad, ya ha crecido y se ha socializado en un ambiente muy ajeno al Michoacán natal de su padre. Entre la idealización paternal de la niña y la realidad de una mujercita que habla *spanglish* que es novia de un mafioso adolescente y desea triunfar como Selena Gómez, se abre un abismo: el de los conflictos generacionales entre aquellos emigrantes que finalmente han conseguido –o no– la *green card* o tarjeta de residente y sus hijos ya estadounidenses. Eduardo González Viaña no deja de subrayar con finísima ironía lo contraproducentes que resultan ciertas políticas de interculturalidad estadounidenses que, con la supuesta intención de ofrecer un apoyo a las minorías culturales, acaban discriminándolas de hecho. El episodio de la incompetente traductora de la comisaría en la que Dante denuncia la desaparición de Emmita es inseparable de aquel otro en que esta, pese a poseer nacionalidad estadounidense y hablar inglés perfectamente, es enviada a una clase de apoyo a minorías étnicas –donde se malogra su formación– por sus profesores, que anclados en prejuicios claramente racistas, identifican al hispano con el mestizo y no se explican la piel blanca y los ojos claros de la niña.

El fenómeno de transculturación a que se han visto sometidas estas nuevas generaciones norteamericanas queda patente en las conversaciones de Emma y su novio Johnny Cabada, repletas de anglicismos innecesarios propios del *spanglish* y en las que se observa su desdén por la cultura de sus mayores, que consideran arcaica, y su deseo frustrado de integrarse en el nuevo universo simbólico de la sociedad de consumo estadounidense y sus medios de comunicación de masas. Junto a esta actitud, se da cuenta en la novela de la pervivencia de infinidad de elementos culturales exportados al nuevo país de residencia, como son las emisoras de radio

especialmente dirigidas a un público hispanoamericano y difusoras de corridos, el éxito de negocios relacionados con la santería y los remedios medicinales milagrosos, e incluso programas de la televisión norteamericana realizados por y para emigrantes como el *talk-show* de la doctora Dolores, ocasión de todo tipo de melodramas y peleas en pleno plató que inevitablemente recuerda a los programas de otra “doctora”, la peruana Laura Bozzo. El propio título de la novela, de hecho, convierte a esta en un corrido, poema épico del siglo XX que canta las hazañas de los nuevos héroes mejicanos, asentados en este caso fuera de su tierra.

Pese a las terribles situaciones que González Viaña denuncia en *El corrido de Dante*, estamos muy lejos de una sátira amarga en la línea de Quevedo y sí más cerca, en cambio, de la ironía amable y comprensiva de Cervantes. La intención de denuncia trasciende notablemente el simple panfleto gracias al constante juego burlón con otros textos literarios y referentes de la cultura popular, así como al empleo de técnicas propias del realismo mágico que, pese a su defunción declarada por los escritores de la llamada “generación Mc Ondo” y posteriores, aparece en esta novela plenamente actualizado y adaptado a las nuevas circunstancias de la comunidad hispana residente en Estados Unidos. Carlos Fuentes, en su imprescindible ensayo *El espejo enterrado* (1992), había explicado la emigración hispanoamericana a Estados Unidos como un caso de “justicia poética”; en *El corrido de Dante*, Eduardo González Viaña parece manifestar un deseo idéntico en tanto que el lector contempla la tierra norteamericana reconquistada, “invadida” por los milagros, las ceremonias religiosas, el folclore y los sucesos sobrenaturales y oníricos que conformarían –al menos para el lector euroestadounidense– la riqueza del legado artístico y literario de Hispanoamérica.

